EL ESCANDALO

SEMANARIO

Se publica los jueves

30 céntimos

AÑO II — BARCELONA, 1.º DE ABRIL DE 1926 — NÚMERO 24

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

Memorias de un repórter

El timo del telegrama

Era en una época eminentemente motinesca. El ambiente era de revolución. De vez en cuando las entrañas de la capital parecían querer estallar, y en sus abortos daban paso a callejeras asonadas revolucionarias.

El pueblo, cansado de sufrir vejámenes y privaciones, de que lo explotasen y engañasen, pretendía, en muchas ocasiones, desbordarse en vengador oleaje. Se luchaba por la Igualdad, musa de los humanos, pues mientras ella no impere, todo será dolor y mentira sobre los ámbitos del viejo planeta. También se combatía por la magnífica Libertad, arcano de la belleza y del arte, la musa blanca del amor. Finalmente, se anhelaba el triunfo esplendoroso de la Fraternidad, que sumiese en la nada los mitos crueles del ocioso y del amo, del rico y del déspota. La gente deseaba, con ardor, un cambio de gobierno, en busca de la meta visible de un progreso máximo.

Era por aquel tiempo cuando estaba en todo su apogeo un importante partido de programa radical, que prometía todas las reivindicaciones, tanto políticas como joviales y económicas. A los pliegues de su bandera, como sencillas codornices al reclamo, habían acudido todos los que soñaban con un ideal santo, incruento y sencillo. Pero también es preciso confesar que en él figuraban muchos arrivistas y muchos valientes de pacotilla, que fueron los únicos que sacaron raja de su actuación. Allí parecían sobrar todos los elementos cultos e inteligentes, que pudieran obscurecer los méritos del absolutista jefe del partido, sarcásticamente llamado demócrata. En cambio, todos los sinvergüenzas capaces de los más turbios negocios, en colaboración con los caudillos y los matones que corrían cuando se les plantaba cara en serio, toda esa fauna y flora del partido, no hay duda alguna que supieron aprovecharse escandalosamente con los ideales.

En los tiempos de que nos ocupamos, bastaba una simple gacetilla en el órgano del partido convocando a un mitin, para que el local donde el acto había de celebrarse, estuviese completamente lleno. La multitud, en general, no estaba todavía desengañada, y acudía de buena fe a los sitios que se le requería, dispuesta a sufrir toda clase de incomodidades y muchos, incluso, a jugarse la vida. Todo ese calor y entusiasmo en el pueblo, firmemente convencido de que la instauración del régimen soñado era un hecho a plazo fijo, y de que únicamente se necesitaba caldear la atmósfera.

Fué entonces cuando empezamos a comprender las porquerías que encierran los partidos políticos, y que tan asquerosa decepción nos habían de producir.

Dos jóvenes propagandistas que gozaban de mucha fama y de unos destinos en el Municipio, que hacían una vida cómoda y regalada, no obstante desconocerse los medios económicos de que gozaban para permitirse tantos dispendios como hacían, me dieron la clave de los baratitos saldos de conciencia que por ahí libremente circulan, sin que haya nadie que en uso de un legítimo derecho les ponga las peras a cuarto, por haber sido vilmente engañados.

Ellos eran los que cada semana organizaban, por lo menos, tres mitines en diferentes lugares de la ciudad, y convenientemente distribuídos los días en que los mismos habían de tener lugar, con el fin de embolsarse, sin peligro, unas cuantas pesetas que, con inaudito descaro robaban a los humildes que les seguían en sus predicciones.

Al final de los mitines, uno de los mencionados propagandistas se adelantaba a las candilejas y proponía el envío al presidente del Consejo de ministros, de un largo telegrama, que leía—cuanto más largo mejor—, en el que se protestaba de las últimas tropelías cometidas en cualquier sitio, para cuyo efecto, al marcharse del local, los asistentes podrían éstos depositar un modesto óbolo en una bandeja, que se colocaría sobre una mesa en el puerta de salida a la calle.

Tales jóvenes revolucionarios recogían luego la cantidad recaudada, que dado el fervor que entonces reinaba, ascendía casi siempre a una regular cantidad, y bonitamente se la repartían. Para acreditar que habían expedido el telegrama, cuyo texto la masa aprobaba siempre por unanimidad, les bastaba con cuidar de que al día siguiente del mitin apareciese íntegro su contenido en el diario del partido. Lo único que había que procurar es que el telegrama fuese lo más largo posible, para justificar de alguna manera la inversión de la suma recogida y acerca de la cual, además, nadie se preocupaba de pedir explicaciones.

He aquí el mezquino y ruin negociejo que tenían establecido y que todos los meses les permitía gozar de un suplemento a sus sueldos oficiales, sin tener que trabajar ni esforzarse demasiado.

Como se ve, se trata de un nuevo timo para añadir a los ya innumerables conocidos: el del telegrama. Se lo brindamos a la policía. Porque no hay duda alguna de que sus autores merecerían pasar una temporada en la Cárcel Modelo.

FRANCISCO ALDAZ.

EUGENIO NOEL

Ha regresado a España, después de pasar unos años en la Argentina. Se fué asqueado porque aquí el flamenquismo era el exponente del sentimiento nacional. Al volver, verá el vibrante escritor que no es la hora de reanudar su campaña.

GENTE EXTRAÑA

Un barbero que se siente noble y reparte títulos a sus amigos

En Todi (Italia), circula de boca en boca la historia de un audaz barbero que se atribuyó un título de nobleza y que confirió más tarde el título de príncipe a un amigo suyo que acababa de contraer matrimonio con una rica heredera británica.

Hace algunos meses llegó a Todi, en un magnífico automóvil, un caballero de porte distinguido, quien llevaba cartas de presentación para las personas de la mayor influencia en la localidad. Declaró que era el Gran Chambelán del príncipe Colonna di Montecchio y explicó que su señor había ganado un pleito que sostenía ante los tribunales de Roma, en virtud del cual se le restituían todas las propiedades feudales de la familia, agregando que tan pronto como la sentencia del tribunal se publicara, el príncipe y la princesa establecerían su residencia entre sus súbditos feudales.

El relato del Gran Chambelán fué creído y la llegada de los príncipes se anunció por medio de un bando, organizándose fiestas en su honor. El príncipe y la princesa, que contaban con abundancia de fondos, distribuyeron dinero con largueza y obsequiaron con fiestas al pueblo. Compraron una gran casa y construyeron un castillo. Los aldeanos regalaron a la princesa un magnífico traje y en la ceremonia de la entrega se titularon "devotos súbditos" del Príncipe.

Después de algunos meses, el Gran Chambelán, que se daba el título de Marqués de Caporillo, tuvo ciertas diferencias con la policía local por ofensas a la moral, y al pedirse sus antecedentes se supo que era un barbero de Nápoles y que el titulado Príncipe no había podido pasar en su vida de empleado de un banco. El marqués está en la cárcel y el príncipe y la princesa han desaparecido.

LA FUERZA Y LA MORAL

¡Deportivismo "For ever"!

El deporte es reaccionario. Es decir, el deporte en sí mismo no es leche ni café, nada tiene que ver con la religión y la salvación del alma.

Pero, observado a través de los panegíricos de sus apóstoles y evangelistas, se ve cómo se va complicando, ungiendo de trascendencia; como se convierte en una mixtura venenosa, en un brebaje impotable e intragable.

Hasta ayer mismo el sport no había sido más que un pasatiempo, un juego, una bagatela.

En el estúpido siglo XIX, que dice el estupidísimo Daudet, la juventud obrera se apasionaba por la política y la lucha social, los muchachos de la clase media se dedicaban a doñear y a seducir las criadas de sus papás, y luises y jóvenes mauristas cultivaban la caza, el balandro y el tiro de pichón.

De donde lógicamente se desprende que la aristocracia del espíritu, la verdadera aristocracia, corresponde al estado llano, al tercer estado, y no a las felices gentes usufructuarias y usucapidoras de la riqueza.

En el antiguo régimen, tan vituperado y vilipendiado, el sport era un entretenimiento, una distracción; actualmente una filosofía. Antes divertía sólo a señoritos y niños "bien"; ahora atrae la atención de artistas y estetas, como Henry de Montherlant.

Es una lástima, desde el punto de vista del progreso y del espíritu, que Francia haya ganado la guerra. No hay nada que domestique a los individuos y a los pueblos, que los haga buenos y humildes, como la derrota. Véase Alemania. La humanidad se purifica en el dolor. Cuando Francia gemía bajo el peso de sus desastres de Metz y de Sedán, daba gusto lo radical, revolucionaria, jacobina y socialista que se sentía.

En cambio, ahora que, gracias al apoyo moral y material que todos los liberales del mundo le hemos prestado, ha vencido a su enemiga, no sueña, no sueña buen número de sus clases directoras más que con imperialismos y con fascismos.

Los intelectuales franceses de "avant-guerre" eran románticos y anarquizantes, como Zola y Anatole France. Los de la trasguerra son ultramontanos y deportistas, son nietzscheanos, están llenos del espíritu de Barrés, de Maurras y de D'Annunzio, como el autor de "Le paradís a l'ombre dse épées".

Henry de Montherlant es el teórico del deporte, o mejor, el constructor, albañiil o carpintero de la filosofía y la moral del deporte.

El deporte, según Montherlant, no es una gimnasia física, no es un mero ejercicio muscular, sino el exponente de nuestra cultura, el símbolo de nuestros ideales, el espíritu mismo de nuestro tiempo.

La ética energética, la voluntad de poderío, el apetito concupiscible, la sed y el hambre de dinero d elos hombres de nuestros días están magníficamente expresados en el sport.

El deporte no es cristiano; es pagano y católico.

El deporte es occidental, no oriental.

El deporte no es popular; es señorial. Es una actividad patricia, de próceres; no de rebaños, no de villanos, esclavos y mendigos.

El deportivismo exalta la fuerza, el músculo, el puñetazo, el puntapié. Desarrolla, afila en el hombre el sentimiento de potencia, la voluntad de potencia, la tensión viril.

La moral deportiva condena por femenino el sentimiento de la compasión, la virtud más característica del cristianismo.

La estética deportiva afirma que el arte y la ciencia no son cosas serias, graves, sacerdotales, sino pura acrobacia mental, antipodismos volatineros, simples jocosidades de circo.

El trabajo no es un deber, no es una necesidad inexcusable de la convivencia social, sino un placer, la manera de hacer posible, gustoso y sabroso otro goce: el descanso.

Hay, según esto, dos escuelas rivales, dos filosofías que se disputan el dominio del mundo. La una, contenida en las palabras democracia, misticismo, mesianismo, romanticismo, cristianismo, humanitarismo, alejandrinismo, bizantinismo. La otra, que propicia el orden, la autoridad, la jerarquía, la tradición, los fantasmas todos del mito clásico.

Por ahora la moral de la energía es la que priva, la que prima. El deportismo, el futbol, la patada, el puñetazo, el gesto bélico e implacable, el desafío a la vida, el olvido de cuanto es justo, noble y generoso, están de moda.

Las consecuencias de semejante delirio, de tamaña morbosidad, las habremos de llorar con sangre.

ANGEL SAMBLANCAT.

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

Recuerdos personales sobre Oscar Wilde

El vigésimoquinto aniversario de su muerte, acaecida en París, y el anuncio lanzado con gran estrépito en Europa, de un nuevo volumen póstumo de Oscar Wilde, destinado a contener sus pensamientos sobre el amor y sobre el arte, sobre su vida y sobre su muerte, despierta en mí el recuerdo de un lejano encuentro que tuve en Italia, con el grande y desventurado escritor inglés, encuentro que tuvo lugar en Nápoles hace casi veintisiete años, esto es, poco antes de que el ilustre amigo de lord Alfred Douglas muriese miserablemente en un hotelucho parisiense, acompañando su entierro apenas siete personas, viéndose, sin embargo, más concurrido que el de Morgar en Viena, a quien nadie acompañó hasta su sepultura en la fosa común.

El gran escritor inglés vuelve hoy, en Italia, a ocupar un puesto en los valores literarios revisados por las nuevas generaciones. Siempre sigue, después de la muerte de un escritor, este período de olvido. Parece que los contemporáneos, cansados de su invasora y prepotente celebridad, se apresuran, cuando el escritor muere, a borrarlo de sus preocupaciones. Así se hace de improviso el silencio alrededor de las tumbas todavía frescas, y aquellos que más parecieron y fueron los ídolos de la multitud diríase que encerraran, no sólo su cuerpo mortal, sino también su obra, quizá no mortal, en la sombra de la sepultura. Pero generalmente, después de un cuarto de siglo, hay una primera reacción. Si cada generación abarca un lapso de diez años, la generación que sigue a la que vió morir a un escritor confirma el estado de ánimo de los predecesores. Apartando la obra del escritor desaparecido de la inmediata actualidad, la generación siguiente a la que lo vió morir lo deja dormir en paz, no lee su obra y poco a poco olvida su nombre. Pero veinte años después, otra generación, con el deseo de creer los juicios de la generación precedente, rompe esa paz, vuelve a tomar aquellos libros, resucita aquel nombre. Parece que durante la revisión, una nueva primavera florecies, alentándola, alrededor de aquellas tumbas literarias. Pero es una breve floración. Es una revisión de valores hecha, no con serenidad de espíritu, pero casi con despecho, para contradecir a toda costa los juicios de aquellos que, siendo antecesores de diez o veinte años solamente, parecen ya ancianos de otra edad. Es la segunda faz, la media resurrección. Sobre ésta pasan dos o tres generaciones. Se cumple el medio siglo. Todo vínculo, aun remoto, está roto entre lo que fué contemporáneo del escritor y las personas que debían seguirlo de inmediato. El escritor aparece realmente ante su posteridad, esto es, los hombres de una era posterior a la suya. Siendo una costumbre arqueológica de la posteridad desenterrar y sacarlo todo a luz, hasta la obra enterrada dos veces vuelve a luz por tercera vez. Pero esta vez la revisión es serena, independiente, desapasionada. Exenta de toda relatividad contingente, la obra debe solamente demostrar si contiene o no aquellos elementos de humanidad eterna que los hombres se transmiten, a través de la obra de arte inmortal, de siglo en siglo. Cuando estos elementos existen en la obra exhumada, la resurrección es definitiva. Cuando, por el contrario, esos elementos no son hallados por la posteridad, la obra vuelve a caer en el olvido y el nombre del desenterrado pasa a ser sólo un nombre, una fecha, un documento en la historia de la literatura. El libro desaparece para siempre de la circulación de los hombres. El anaquel de la biblioteca se vuelve para él sepultura abandonada e irrevocable.

Recuerdo que esta teoría de las dos resurrecciones de una obra después de la muerte de un escritor, la resurrección provisional por las falsas posteridades y la definitiva de la posteridad verdadera, me fué desarrollada una noche en Nápoles, precisamente por Oscar Wilde, mientras paseábamos bajo un gran titilar de estrellas en el cielo y un furioso embate de las olas contra el malecón del desierto paseo marítimo de Via Coracciolo.

—Yo he muerto antes de morir—me dijo Oscar Wilde—. A los cuarenta y cinco años asisto al olvido que pesadamente se extiende en Inglaterra y fuera de Inglaterra sobre mi obra y mi nombre. La cárcel ha sido para mí la tumba, como mi proceso fué la muerte. Y se necesitarán cincuenta años, por lo menos, para que sea posible saber si mi obra deberá resurgir algún día, al menos en parte, de la tumba en que, estando yo aun vivo, se encuentra sepultada.

* * *

Era el año 1897 y la primavera estaba adelantada. Oscar Wilde, denunciado en 1895, por el padre de lord Alfredo Douglas, arrestado y procesado ese mismo año, había ya cumplido su año y medio de "hards labours", de la que el gran escritor debía salir con dos obras maestras, el "De Profundis" y la "Balada de la cárcel de Reading". Había salido de la prisión apenas hacía un par de meses, y el escritor huía de Inglaterra, donde era en todas partes mostrado con el dedo, se substraía a la curiosidad de París, donde había aparecido proscripto por el puritanismo de más hipócritas apariencias y tres años antes por la última vez, insolentemente y agresivamente triunfante, mientras que Sarah Bernhard representaba entre sones de arpas y olor de inciensos, su fastuosa y decadente "Salomé", que hacía delirar a los cenáculos de vanguardia. Alejado de su mujer y de sus hijos, había pensado refugiarse en Italia, y en ella circulaba con uno de los tantos nombres falsos que Oscar Wilde adoptó en los pocos años que sobrevivió después que el escándalo deshizo en pocas semanas el prestigio y la gloria del nombre auténtico que él audazmente había impuesto, joven dios de la poesía y de la impertinencia, a la admiración subyugada y estupefacta de todo el mundo

Me parece que estoy viendo a ese Oscar Wilde en Nápoles, después del encarcelamiento, un Oscar Wilde de cuarenta y cinco años y que aparentaba más de cincuenta, un Wilde grueso, jadeante, flojo en sus carnes hinchadas y pesadas, de rostro encendido, de gesto intimidado, parco en palabras, con un aspecto sin espiritualidad y una cara colorada de agente de comercio, en que sólo vivía, torturada y misteriosa, una boca que a menudo se contraía en cien sonrisas, todas indescifrables como herméticos enigmas, que parecían oscilar de la desesperación a la burla y del cinismo al martirio. Vestía un saco azul cruzado, de corte mediocre, sin pretensiones de elegancia. Un cuello cualquiera. Una corbata de raso negro con una pequeña perla. Sobre la cabeza, de cabellos rubios y cortos, escasos en las sienes, llevaba, ya que el sol primaveral de Nápoles era sol de estío para el ciudadano inglés, acostumbrado a las nieblas de Londres, un sombrero de paja. Guantes sencillos, sólidos, sin pretensiones. En la mano un bastón de ébano con un pequeño puño de marfil: la cabeza de un "bull-dog". Ninguna flor en el ojal. Del bolsillito del saco salía el pequeño triángulo de un pañuelo de batista. ¿Qué quedaba en aquel señor mediocremente vestido, correcto sin duda, elegante, no del Oscar Wilde de los grandes tiempos—¡apenas dos años antes!—con las perfectas levitas de cuello de terciopelo, las deslumbrantes corbatas de seda, los grandes y preciosos pañuelos, los girasoles en el ojal, los largos cabellos de oro divididos por la raya al medio y que caían como las alas de un casquete áureo sobre las sienes? Recuerdo que mirándolo no atinaba a darme cuenta, a reconocerlo, a convencerme de que el amanerado y decadente autor del "Retrato de Dorian Gray", y que aquel tranquilo burgués fuese la misma persona.. Sólo dos rasgos recordaban en él al cosmopolita literario y al hombre de los fastuosos atavíos. Del bolsillo del saco salía un número del "Fígaro" y en el anular izquierdo había un gigantesco anillo episcopal, una estupenda amatista engarzada en un maravilloso trabajo cincelado en plata.

Nos habíamos conocido en el hall del hotel en que yo me hospedaba y al que él había ido para visitar a una vieja señora inglesa, que estaba allí invernando. Oscar Wilde no habitaba en Nápoles. Vivía y trataba de trabajar en Capri, adonde lord Alfredo Douglas había ido a reunírsele. Pero Oscar Wilde abandonaba con frecuencia la isla y venía a Nápoles en el vapor matutino, para visitar iglesias y museos, hacer alguna visita o a perderse entre la rumorosa multitud de la pintoresca metrópoli. Después del almuerzo me detuve a hablar con la señora inglesa, que se llamaba Mrs. Sn... Oscar Wilde entró de protno, a contraluz, y, viendo a su amiga sentada conmigo, vino a reunírsele, sin que necesitara hacerse anunciar. Apenas se había sentado Oscar Wilde Mrs Sn... hizo las presentaciones. Dijo mi nombre y un nombre inglés cualquiera, Mr. Samuel B... Pero la conversación entre ella y el visitante apenas había comenzado, cuando la señora se volvió de improviso y me dijo:

—Con usted no hay para qué disimular. Debo corregir la presentación: no se trata de Mr. Samuel B... tengo el placer de presentar a Oscar Wilde.

Miré inmediatamente al visitante e hice un gesto que quería ser de homenaje en la sorpresa. Pero vi aparecer en su rostro un asomo de contrariedad. No habló en seguida. Pero la señora inglesa, viendo aquella expresión malhumorada, explicó inmediatamente a Oscar Wilde:

—He roto el secreto solamente con este mi joven "italian friend", el cual es escritor como usted y ciertamente me habría reprochado que no le hubiera hecho conocer al gran poeta que es usted.

Oscar Wilde hizo un gesto como para alejar el elogio y la boca sonrió apenas con melancolía. Después, volviéndose a mí, habló de literatura, me preguntó si era poeta, novelista o autor dramático. Y como le respondí que algo de todo eso sin predilección definitiva por ninguna forma exclusiva y especial de actividad literaria, Oscar Wilde comentó:

—Ahora todos somos así. Es la hora de los polígrafos. Toda forma literaria, por amplia que sea, es demasiado estrecha para que un escritor moderno pueda encerrarse en ella completamente. Hasta la vida es polígrafa como los escritores: no es toda novela, drama, poesía, pero contiene sus líricas, sus cuentos, sus comedias, sus dramas, sus tragedias...

Hablaba correctamente en francés, destacando precisas y claras las palabras, con un acento inglés no muy marcado. Habló de Nápoles, de Capri, de comunes amigos ingleses encontrados en la isla. No me pareció que cuanto dijo sobre las bellezas italianas fuese digno de él. Era el habitual elogio del "Baedeker". Sólo cuando habló de Inglaterra y de la hipocresía de la moral de la sociedad inglesa encontró dos o tres golpes secos, violentos, de esos de que está lleno, impertinente e irreverente, el áspero diálogo de su teatro. Luego, como Mrs. Sn... le preguntara si trabajaba y si su soledad en Capri no le sugería que emprendiera alguna obra nueva, novela o teatro, Oscar Wilde volvió a sonreir melancólicamente y se encogió de hombros como para decir: ¿Para qué? Y por el contrario, dijo con voz sorda, sin mirarnos a la cara a mí ni a la señora:

—"Je suis malade... ¡Oh!, bien malade"...

Sí, ya estaba enfermo; pero los signos de la enfermedad que debía matarlo al poco tiempo no eran visibles en aquella su cara redonda y rosada que parecía el retrato de la perfecta salud y bienestar burgueses. Nos parecía que aludía a algún mal íntimo, al mal de su espíritu mortificado, al gran dolor que le había tronchado en pleno triunfo la vida. Pero, como si comprendiera nuestro pensamiento en la mirada que fijamos sobre la apariencia lozana de su salud, Oscar Wilde precisó:

—"Oui, oui... Je suis bien malade, physiquement malade..."

No dijo nada más ese día. Nombró a Alfredo Douglas sin pestañear. Dijo que su joven amigo había ido a reunírsele en Capri, que le había encargado presentara sus saludos a Mrs. Sn... y le dijese que muy pronto iría a visitarlo. Al irse me estrechó la mano con sencillez, sin palabras de cumplimiento. El saludo cordial estaba en la sonrisa. Salió del hotel y, solo, pasando inadvertido, con su inmensa tragedia invisible, se alejó por la orilla del mar hacia el embarcadero del vapor de la tarde, que debía llevarlo a la isla de su refugio.

* * *

El breve encuentro con Oscar Wilde había quedado grabado en mi espíritu, y yo no cesaba de oponer el hombre mediocre e incoloro que había encontrado con el fastuoso escritor de que conocía la historia y la leyenda. La historia era la del más célebre escritor inglés, que había llegado a los cuarenta años a ver triunfar sus comedias—tres o cuatro a la vez y durante un año seguido—en las grandes escenas de Londres; a ver devorar sus libros por medio millón de compradores, a verse ofrecer por los diarios y los magazines de Inglaterra y de América sumas fabulosas por las más breves páginas de una novela o de un artículo. Junto con esto una casa principesca por la que pasaba, las noches de recepción, todo Londres, una mujer bellísima, dos hijos adorables, las más fieles amistades a su rededor, la admiración más servida alrededor de sus trabajos y una nación entera en plena idolatría por su ingenio, que el entusiasmo exaltaba como si fuese realmente genio. Y de repente, la catástrofe. La acusación hecha contra él por el padre de lord Alfredo Douglas, el proceso vergonzoso por un delito de homosexualidad, y, frente a los jueces, su insolencia agresiva de "enfant gaté" que creía que todo le era lícito a su genialidad de escritor.

Y parecía que hubiese querido insistir en aquel dolor físico para decirnos que también aquél estaba inexorablemente en él, junto con el gran dolor moral de su vida extinguida, dejándolo vivo.

* * *

Volví a ver poco después a Oscar Wilde entre el público que salía después de una representación popular de la "Boheme", de Puccini. Me reconoció en seguida, vino a mi encuentro y pareció contento de encontrar a alguien para no estar solo. Nos sentamos en un café. El hombre que comía con champagne, que había hecho del alcohol el alimento más vital de su energía, bebió, aquella noche, una innocua limonada. Le ofrecí un cigarro. Rechazó la oferta diciendo:

—"Oh, je ne peut plus... Si vous saviez... ma gorge"...

Habló de Puccini. Peor sorpresa. Habló de Murger. Se había quedado aquella noche en Nápoles a propósito para oír la ópera que en aquellos años corría triunfalmente por los teatros de Enuropa. Y era entusiasta de ella, entusiasta de la música,... "elle este touchante, elle prend le coeur"... y entusiasta del asunto de la vieja novela del Barrio Latino... Y el escritor de la diabólica "Salomé", que se moría de sensualidad en un estremecimiento de amor y de codicia por la cabeza cortada del Bautista, se escoltaba con la tierna sentimentalidad de Rodolfo y de Mimí, de Marcelo y de Mussetta, el manguito y la cofiecilla, el viejo gabán de Schaunard, los libros sacrificados por Colline.

Y como eso me maravillara, Oscar Wilde respondió:

—"C'est l'amour, le bon, le vrai, le seul... C'est si simple et si doux d'aimer"...

Yo tenía la impresión de que Oscar Wilde, después de la tragedia había vuelto de su formidable ficción de literato a su humilde sencillez de hombre. Parecía que con la tragedia toda su suntuosa fantasmagoría literaria se hubiese reducido como un globo que estalla a un soplido de aire que huye. El escritor que, en la exaltación de su espíritu, había perdido su corazón, ahora que el espíritu vencido no podía darle ninguna embriaguez, buscaba desesperadamente, sin poderla alcanzar aún, su alma sin literatura. El escritor celebérrimo, que repartía las prendas de su guardarropa a los pobres, frente a su casa, porque un espectáculo de miseria lo ofendía,

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

CRITICA Y COMENTARIOS

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

Toreaba en Méjico—México que dicen los de la aproximación hispano-americana—el diestro Manuel Gallego Valero "Valerito". El pobre "Valerito" había tenido el santo de espaldas y había mechado a sus dos primeros toros con un entusiasmo que si se enteran de su labor en una "charcuterie" de estas que se abren todos los días en Barcelona lo contratan por lo que pida.

Llegó el quinto toro de la tarde—el tercero de "Valerito"—y éste, al ver lo que se traía el enemigo—un torazo de Piedras Negras con más piernas y peores intenciones que un Miura—se le puso el pelo como el alambre. Salió con un pánico feroz a entendérselas con el bicho, pero como ya le había tomado asco, pinchó dónde pudo y como pudo y no consiguió evitar que le dieran los tres avisos y le enviaran el toro al corral.

La pita que se oyó en la plaza de "El Toreo" fué de esas que hacen época y rompen los cristales de todas las casas vecinas. Al diestro—¿le llamamos diestro? ¿Sí?... ¡Pues, vamos a llamárselo!—le sentó la pita como un tiro. Regresaba el hombre cabizbajo, en medio de una pita fenomenal, buscando el abrigo de las tablas, cuando vió que, materialmente colgado de uno de los burladeros, un indio, un "chingao", con los dedos metidos en la boca, silbaba como un condenado. Se fijó "Valerito" en la fisonomía de aquel hombre para tenerlo presente en sus oraciones, cuando ¡cuál no sería su sorpresa!, reconoció en aquella cara, congestionada por el esfuerzo del silbido perenne, a su mozo de estoques, un indio al que había contratado días antes por tres pesos diarios.

Creemos que es la primera vez que un mozo de estoques pite a su "mataor".

⁂

Hace años, por esta misma época, debutó en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, una compañía lírica, bastante mediocre, que llevaba como obra de fuerza "La Tempestad", porque era la obra en que se lucía el barítono, director de la compañía, que era el que pretendía cortar el bacalao.

Ustedes ya saben aquel refrán de "Marzo ventoso y abril lluvioso, sacan a mayo florido y hermoso", de modo que no se admirarán si les digo que en aquel mes de abril caía una de agua que si se entera Noé, se cree que el diluvio fué la promulgación de la ley seca. Citas bíblicas aparte, el caso es que todas las representaciones de "La Tempestad", en la Zarzuela", fueron acompañadas de una lluvia pertinaz—en la calle, ¡claro está!, porque si hubiera llovido en la sala hubiera sido el colmo—y de todo un aparato de truenos y relámpagos que metía miedo.

La gente acudía a las representaciones de "La Tempestad" paragüas en ristre, y hasta había algún espectador, miembro de "Los Previsores del Porvenir", que abría el incomodo artefacto durante la representación, pese al cobijo natural del techo.

Una tarde asistieron cuarenta y seis espectadores a una de las representaciones de "La Tempestad". Era un día que llovía si Dios tenía qué—que sí tenía—y los "cuarenta y seis" estaban agobiados bajo el peso de aquella lluvia obstinada que les hacía pensar si regresarían a sus casas a nado o a bordo del acorazado "Carlos V".

La representación siguió su curso como cualquier estudiante aplicado, y al llegar el barítono a aquella frase de "la lluvia ha cesado, aléjase el trueno", un espectador ingenuo de la segunda fila se puso en pie y exclamó decidido:

—¡Bueno, señores! Yo en vista de eso, y aprovechando esta clarita, me voy a la calle.

Y salió olímpicamente, luchando con su paragüas, que era de los de cierre automático.

Animados por el ejemplo los cuarenta y cinco espectadores restantes, salieron tras él.

A la compañía hubo que avisarla de que en la sala no había nadie.

Y allí terminó la representación y la temporada.

⁂

Hace pocos días se ha celebrado en la Audiencia de Barcelona la vista de una causa en la que han sido gitanos los protagonistas. Gitano la víctima, gitano el procesado, gitanos los testigos y creemos que hasta gitanos los dignos magistrados que componían la sala.

Todo ello ha dado lugar a sabrosos incidentes que han demostrado hasta la saciedad—y hasta la suciedad también—la gracia que anima a los descendientes de los Faraones.

Y si creen ustedes que es una exageración, atiendan:

El padre de la víctima, gitano hasta las cachas, depuso ante el tribunal. Y el hombre, creyendo que lo cortés no quita a lo valiente, cada vez que se dirigía al procesado, decía versallesco:

—"Porque aquí, el zeñó criminá, me azeguró..."

El "zeñó criminá" que escuchaba atento las declaraciones, se mantuvo digno hasta que fué acusado directamente por uno de los testigos, y entonces exclamó:

—"Ezo ez tan mentira como er monumento a Colón..."

No sabemos que querría decir con esta "elevada" frase.

El padre de la víctima prosiguió:

—"Ez mucho doló er que trae la muerte de un hijo. ¿A usté no le han matao dengún hijo, zeñó fiscá?

El fiscal contestó negativamente, porque creemos, además, que no tiene hijos.

La vista se desarrolló en un ambiente de "Villa-Rosa" en sus buenos tiempos. Los gitanos—mejor dicho, serranos—hablaban en caló pintoresco, y ello puso inquieto al presidente del tribunal, que pensó en buscar un traductor porque no entendía a los testigos.

En fin, una vista pintoresca que no ha tenido más notas tristes que la muerte de la víctima y la condena a diez y siete años del gitano procesado.

LUIS MASCIAS.

---

ahora, que ya no poseía nada, hombre perdido entre los hombres, miraba con simpatía a los pobres que eran tan pobres como él...

Pero, sobre todo, estaba vencido su espíritu. Ya no se atrevía a elevarse. Herido de muerte en pleno vuelo, jadeaba y palpitaba caído en el suelo. Y esta tremenda agonía de un artista en un hombre, duró varios años antes de que Oscar Wilde muriese pobre y obscuramente en una mísera posada y que trece personas siguieran su convoy fúnebre bajo la lluvia. Entretanto, poco me habló de sí y poco creo que dijese a los demás, más tarde. Recuerdo una sola referencia a su vuelo malogrado. Al salir del café bajamos al largo parque por donde yo acompañaba a Oscar Wilde hasta su hotel. Habíamos vuelto a hablar de música. Me decía que había escuchado, pocas noches antes, con inmensa delicia el "Falstaff", de Verdi. Y en determinado momento Oscar Wilde me dijo, deteniéndose:

—La obra de arte es la flor de la juventud despreocupada de los artistas. Mis mejores versos son los de mis veinticinco años. Después vino la vida, "affreuse"... Verdi ha escrito su mayor obra maestra a los ochenta años... Ha renacido en una nueva juventud... Pero para renacer en el arte, es necesario que sólo los demás os crean muerto, mientras que, por el contrario, la renovación se produce en silencio... Pero cuando hemos muerto de veras para nosotros mismos ya no hay esperanza.

Suspiró levemente. Y dijo:

—"Mon esprit est mort... Mon corps est á l'agonie... Andiamo".

Y Oscar Wilde, sobreviviendo a su arte y a su gloria, en tierra extranjera y con un nombre falso, volvió, silenciosamente, a ponerse a *caminar*.

LUCIO D'AMBRA.

Machacando en hierro frio

Un bombo y otras cosas

Vamos a darle un bombo al gobernador porque se lo ha merecido. A nosotros no nos duelen prendas—¡a veces las tenemos empeñadas todas!—y elogiamos lo digno de ser elogiado; por tanto, no sentimos rebozo ninguno en elogiar en esta ocasión al señor Milans del Bosch, con el que no coincidiremos jamás políticamente

El motivo del bombo es el siguiente: A penas tuvo noticia el gobernador por el artículo de EL ESCANDALO del monopolio que representaba vender EXCLUSIVAMENTE la carne congelada en los mercados CREANDO CON ELLO UN MONOPOLIO TAN MONOPOLIO COM EL DE LA TABACALERA O EL DE LAS CERILLAS, se apresuró a dictar órdenes para que fuera libre la matanza de reses, estableciendo así una competencia lícita que es la que debe regir las relaciones entre el productor y el vendedor con el consumidor.

En virtud de esas órdenes, el que quiera ahora comprar carne fresca podrá hacerlo, y el que, con arreglo a su bolsillo, quiera adquirir la carne congelada argentina, podrá hacerlo también.

Ahora en virtud de esas órdenes del gobernador, la competencia ha venido a situarse en el precio—la carne congelada es más barata—y ha dejado de ponerse en práctica el INTOLERABLE MONOPOLIO de enriquecer a unos cuantos a costa de los gustos de los más.

El gobernador merece nuestros plácemes, que no le regateamos, y EL ESCANDALO ha merecido bien del numeroso público que representa, al obtener, con su campaña, lo que no han querido lograr los diarios—los grandes diarios de copiosa circulación, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!—con su culpable silencio.

Estamos de enhorabuena.

⁂

En reciente reunión de la Junta de subsistencias se acordaron medidas beneficiosas para el consumidor en lo que se refiere a las carnes de cerdo y carnero, patatas y huevos

Todas estas medidas, si se cumplen, son dignas de elogio y demuestran una preocupación meritoria en lo que se relaciona con los intereses del consumidor. Sin embargo, la Junta reserva su juicio en lo relativo a las frutas y hortalizas y no se muestra muy animada en lo que afecta al pescado.

Como vemos a la Junta desanimada en este último aspecto—en el de la pesca—queremos—¿atrevimiento por nuestra parte?—inyectarle unas cuantas enérgicas consideraciones que suponemos—el éxito obtenido nos lo hace creer—serán tenidas en consideración.

Vamos a tomar el asunto desde un comienzo remoto tal vez. El pescador, señores de la Junta, sigue pescando lo mismo que hace cincuenta años. ¿Por qué está caro el pescado, entonces? Por una razón sencillísima: por el intermediario. Ahí está la clave de la carestía y del encarecimiento en un puerto de mar como Barcelona.

Se han creado también monopolios, con una organización tan maravillosa, como tal organización, que el Estado y sus delegados han de tener la cabeza muy firme y el bolsillo muy honrado para resistir y luchar con éxito contra una organización de tan rígida disciplina y obediente a imperativos tan categóricos como la militar. Un ejemplo de lo que decimos: Si ahora, hoy mismo, saliera un buque de guerra a la mar, apresaría seguramente buques pesqueros que, fuera del puerto, cargados de pesca, se mantienen al pairo y no entran en Barcelona con su carga porque es necesario (!) que el pescado esté caro en estos días en que la demanda es extraordinaria por exigencias del calendario. Y tal vez, al acercárseles el buque del Estado, arrojarían la pesca por la borda antes de que se les capturara en fragante delito de confabulación.

Los pescadores en todo este tinglado no son más que unos explotados. Los culpables hay que buscarlos entre los armadores y los intermediarios, que son los capitostes que organizan el despojo, y los que, contando con medios económicos sobrados, desafían todas las represiones de la autoridad. ¡Bah!—piensan ellos—nuestra ganancia da para todo.

Y tienen razón. A Barcelona vino hace años una empresa honrada, decidida a explotar la riqueza pesquera a base de abaratar los precios, y le hicieron la vida imposible. Solamente, para obtener el permiso de poder pescar, la empresa tuvo que entregar VEINTE MIL DUROS a algunos concejales del antiguo régimen. Pero a pesar de ello, le hicieron la vida imposible—frecuentes huelgas, confabulación para que los obreros no le descargasen el pescado, etc.—y la empresa desanimada, y habiendo perdido una importante cantidad de miles de duros, tuvo que huir de Barcelona porque a sus componentes llegó hasta amenazárseles de muerte.

¿Y quiere luchar con hombres, que no reparan en procedimientos, la Junta de Subsistencias con conminaciones y notas oficiosas? ¡Error craso! Este es un problema de Guardia civil. Si se quiere, efectivamente, abaratar el pescado, no hay más que un camino: Meter en la cárcel a los explotadores, a los intermediarios, a los que quieren hacer creer a una población como Barcelona, con un puerto magnífico, con unas costas abundantes en pesca y con una población de pescadores considerable, que vivimos en Cuenca, en un poblacho del interior, sin comunicación directa con el mar.

Bien sabemos que combatir con ellos es difícil. Tienen dinero, están protegidos mucho más de lo que la gente y aun las mismas autoridades locales creen, y no han de entregar la plaza tan fácilmente Si pudiéramos hablar con claridad, señalaríamos concomitancias y dádivas inconfesables, tiraríamos de la manta y todo el tinglado vendría abajo. Pero estamos en otros tiempos y hay que hablar de otra manera.

Por eso nosotros nos dirigimos a la Junta de Subsistencias y le decimos:

—Dejen ustedes, señores, de andarse por las ramas. Este es un asunto gubernativo de represión, de meter a la cárcel a unos cuantos, de reprimir con mano dura el despojo, de deshacer una organización tan punible como lo fué la banda que acaudillaba en Sierra Morena el bandido de bandidos José María "el Tempranillo". Aunque si bien se examina, José María tenía una leyenda romántica: la de robar al rico para socorrer al pobre, y esta gentuza del pescado cristaliza sus brillantes y engrosa sus cuentas corrientes con las necesidades de todo un pueblo, sin distinguir sus clases sociales.

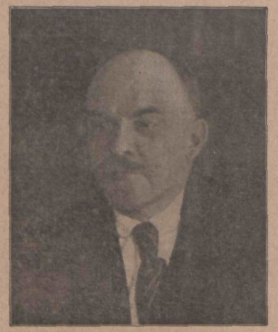
El gobernador que consiguiera abatir a esos fascinerosos merecería que su estatua fuera colocada en el pedestal del centro de la plaza de Cataluña, que, según creemos, no tiene aún personalidad exaltada que sea motivo de la admiración y del fervor del pueblo catalán.

JULIO RECIO

JEFES DE LA REVOLUCION RUSA

VISTOS POR

JULIO ALVAREZ DEL VAYO



Lenin, el bueno de Lenin, es para la presente generación como un apóstol, un dios; tenía una sonrisa humana y dolorosa. Falleció, y su corazón tierno se estrelló ante las duras realidades de una revolución cruel, implacable y trascendental.

El ilustre periodista Julio Alvarez del Vayo ha publicado un libro formidable: La Nueva Rusia. *En él el corresponsal en Madrid de* La Nación, *de Buenos Aires ha volcado su alma en esas páginas cálidas y precisas. El alto valor moral del libro de Alvarez del Vayo ha sido una lección para el periodismo ibérico. Autorizados convenientemente por su autor nos complacemos y nos honramos en ofrecer a nuestros lectorés las siluetas de los directores del movimiento uno; siluetas dramáticas y sugestivas cuyo alto valor literario e histórico sabrán apreciar nuestros lectores.*

LENIN

Aun después de muerto, él es y seguirá siendo, mientras su obra germine y madure, el primer ciudadano de la República soviética. La revolución le necesita, y, entendiéndolo así, el partido comunista ruso ha convertido la figura de Lenin en un símbolo vivo, que proyecta su luz libertadora en direcciones distintas fuera de Rusia. Allí donde la explotación de una clase por otra haga sus estragos, sean cuales sean las razas y latitudes en que la iniquidad económica se produzca, habrá siempre un núcleo, más o menos numeroso, que vibrará de emoción ante el recuerdo de Lenin.

¿Fué acaso el miedo a esta actuación póstuma del gran líder lo que llevó a mucha gente en los últimos años de su enfermedad, e incluso en el momento de su muerte, a tratar de morder en su prestigio? Yo recuerdo aún la nerviosa curiosidad con que se leían en Berlín los comentarios sobre Lenin al día siguiente de morir. Esperaban del instinto de conservación de todo un régimen mundial que se había visto seriamente amenazado por las doctrinas de aquel hombre la destrucción definitiva de su espíritu. No les bastaba con saberle muerto. Hubieran dado lo indecible por hundirlo para siempre en el nivel medio del hombre común. Publicistas que aguardaban desde hacía meses la hora del editorial necrológico; profesores y profesorzuelos armados, hasta los bordes de sus gafas, de toda clase de datos y teorías; antropólogos de oficio, sociólogos, ciencia y vulgo, ¿a qué habilidades polémicas no se recurrió entonces para disminuir en lo que fuera, en lo que se pudiese, la extraordinaria silueta en que iba a sintetizarse la revolución de octubre? Fué un esfuerzo inútil. El pueblo ruso lo deshizo con un simple además emotivo. Mientras en todas partes se especulaba sobre las consecuencias de su desaparición, un cortejo interminable y compacto, formado por tres millones de hombres y mujeres de todas clases e ideas, desfilaba ante la tumba de Lenin.

Era uno de los días más fríos del invierno ruso: cuarenta grados bajo cero. Hubo que improvisar hogueras en las calles para que la gente pudiese reanimarse y seguir caminando. El desfile continuó toda la noche. Al descender los restos mortales de Lenin, la vida rusa se detuvo. Los trenes se pararon; el trabajo se suspendió durante unos minutos. En la ciudad se oía únicamente el alarido de las sirenas de las fábricas. A pesar de que desde hacía meses se contaba con la fatalidad de su próxima muerte, Moscú tardó varios días en sobreponerse al dolor y en reanudar su existencia ordinaria.

Su mausoleo provisional, erigido en la misma plaza en que se alza la histórica catedral de San Basilio, domina hoy Rusia. Es un monumento tosco y sencillo; pero los restos que guarda dentro lo agigantan indefinidamente sobre las cúpulas doradas de las iglesias del Kremlin. Cada palabra de Lenin, cada pensamiento suyo, forma ya parte inseparable del ideario comunista. Su doctrina ha ido convirtiéndose rápidamente en una especie de Sagradas Escrituras. Una legión de fieles discípulos cuida de recopilar sus artículos sueltos, sus discursos, interpretando esta frase o aquella sentencia y defendiendo el sentido total de su obra contra cualquier apreciación heterodoxa. Los libros de Lenin han batido el record de venta: en los primeros meses de 1925 se llevaban vendidos más de un millón de ejemplares de la nueva edición.

Su retrato está en todas partes: en las estaciones, en los escaparates de las tiendas, en los saloncillos de los teatros, en las escuelas y desde luego en cada hogar proletario, donde podrá faltar incluso las sillas en que sentarse, pero no un gran retrato de Lenin orlado de crespón negro.

En el año y medio que ha transcurrido desde su muerte se han publicado en Rusia y fuera de Rusia numerosos trabajos sobre Lenin, entre los cuales se destacan dos ensayos muy interesantes de Stalin y Trotzki y unas reminiscencias de Máximo Gorki, que tienen, a nuestro juicio, considerable valor humano.

Gorki le describe en una reunión íntima en casa de la señora Peschkoff, en Moscú, una noche en que se tocó allí la *Sonata* de Beethoven en J. Dobrowein. Lenin no pudo contener un movimiento de entusiasmo. "No conozco nada más hermoso—decía—que la *Apasionata*, y podía oirla todos los días. Es una música admirable, sobrehumana. Cada vez que la tocan pienso con alegría un poco infantil, ingenua: "¡qué milagros pueden producir los hombres!" Pero inmediatamente reaccionó, y con aquella sonrisa amarga tantas veces comentada agregó: "Hay, sin embargo, muchas veces en que no puedo oir música. Ablanda, actúa demasiado sobre los nervios. Se siente la tentación de decir a las gentes algo bondadoso, amable, de acariciar a quienes viviendo en un infierno miserable son capaces de crear tanta belleza. Y hoy no se debe acariciar a nadie, de no querer exponerse a que le muerdan a uno la mano. Hay que pegar duro sobre la cabeza, sin piedad, no obstante ser nosotros en el ideal tan opuesto a todo empleo de violencia". Y luego, a medio voz, en su característica manera: "¡Hum, hum, un oficio endemoniadamente difícil!"

Aquí está reflejada ya esa lucha borrascosa que él sabía cual nadie mantener oculta en lo más profundo de su espíritu, pero que a veces se asomaba a sus labios o a su mirada. Así cuenta Gorki cómo hallándose en la granja en que Lenin pasaba sus cortas vacaciones, un día le oyó decir a un niño de la aldea: "Estos vivirán mejor que nosotros. Muchas de las cosas porque nosotros tenemos que pasar podrán ellos ahorrárselas. Su vida será menos cruel que la nuestra". Quedó un rato silencioso, absorto, contemplando el camino curvo que se perdía frente a ellos en la lejanía. Luego, como volviendo en sí: "¡Y, no obstante, no les envidio! Nuestra generación ha conseguido realizar un trabajo de la mayor importancia histórica. La crueldad de nuestra vida, impuesta por las circunstancias, será comprendida con el tiempo. Comprendida y justificada. ¡Todo se hará comprensible!..."

Las relaciones entre Lenin y Gorki se enfriaron bastante en los primeros años de la revolución. Había pasado la época dorada en que el idealismo romántico del novelista coincidía con el plan de ataque del político. La revolución soñada y apetecida desde el destierro era ya una realidad. Para Lenin lo único importante era asegurar su triunfo definitivo. Gorki, en cambio, podía permitirse el lujo de llorar sobre los fosos que a millares abría cada día la Cheka.

A Lenin le irritaba la blandura de Gorki. "¿Qué quiere usted—le dijo en una ocasión en que Gorki se le quejaba de la rudeza de la táctica revolucionaria—, qué quiere usted? ¿Es que en una lucha como la nuestra cabe sitio para el humanitarismo? Europa nos bloquea; la ayuda que esperábamos del proletariado europeo no llega, y entretanto la contrarrevolución se arroja contra nosotros por todas partes, como un oso que quisiera estrangularnos. ¿Acaso no debemos luchar y defendernos? No; perdón, no somos idiotas. Sabemos que lo que queremos realizar sólo podemos hacerlo nosotros. ¿Cree usted quizá que de no estar yo convencido de ello seguiría en este puesto?"

No obstante ese enfriamiento en su antigua camaradería, Gorki fué inmediatamente a visitar a Lenin tan pronto se enteró del atentado de 1918. Al verle con el cuello atravesado de un balazo y el brazo vendado, Gorki le expresó en términos vehementes su indignación por lo ocurrido. Lenin respondió sobriamente, tratando de desviar la conversación, como si hablar de aquello le aburriese: "Sí, ¡es absurdo! Pero ¿qué cabe hacer en contra? Cada cual obra según su entender".

La conversación de ese día entre Lenin y Gorki merece ser reproducida ampliamente.

"—Quien no está con nosotros—decía Lenin—está en contra nuestra. Gentes que quieran independizarse de la Historia no son hombres, son fantasmas. Podrán haber existido antes a sus anchas; hoy no hay ya sitio para ellos en el mundo. Todos, hasta el último, se encontrarán, quieran o no, arrojados en el remolino de la realidad, una realidad más turbia que nunca. Usted pretende que yo simplifico demasiado la vida, y que esta simplificación lleva consigo el peligro de un ocaso de la cultura. ¡Hum, hum!... Bien; ¿y millones de campesinos con el fusil al brazo? ¿Eso no supone ninguna amenaza para la cultura? ¿Es que acaso la Asamblea Constituyente hubiese acabado con el anarquismo del campo? Usted, que tanto ha hablado de la anarquía de la aldea, debiera comprender mejor que otros nuestra labor. A la masa rusa hay que mostrarle algo muy sencillo, algo que esté al alcance de su inteligencia: el Soviet y el Comunismo; he aquí una cosa sencilla.

Gorki vuelve a su tema de siempre: la conveniencia de una estrecha colaboración entre la intelectualidad y el proletariado. Lenin contesta:

—¡Una alianza del intelectual y el obrero? Sí; no está mal, nada mal. Dígale a la intelectualidad que venga a nosotros. Según usted, a la intelectualidad sirve sinceramente los intereses de la justicia. Entonces, ¿por qué se ha apartado de nosotros? Nosotros fuimos los que tomamos sobre nuestros hombros el enorme esfuerzo de poner en pie al pueblo ruso y de decir al mundo la verdad entera sobre la vida. Nosotros somos los que estamos enseñando a los pueblos el camino que puede conducirles a una existencia digna de ser vivida por los hombres, mostrando cómo pueden libertarse de la esclavitud, de la miseria, de la humillación.

Y luego, con una sonrisa franca, sin amargura:

—La intelectualidad nos ha agradecido bien ese esfuerzo!... ¿Es que acaso he negado yo alguna vez que necesitamos absolutamente la colaboración de la intelectualidad? Pero ya ve usted cuál es su actitud hacia nosotros. Hostil, sin comprender las exigencias del momento, sin querer convencerse de que apartada de la masa, del pueblo, ni tiene fuerza alguna ni puede hacer nada útil. De ella será la culpa si destruímos más de lo necesario".

Gorki cuenta aquí la satisfacción con que semanas más tarde Lenin se enteraba, por su conducto, de que uno de los científicos más notables de la Universidad de Petrogrado había decidido trabajar con el Gobierno soviético.

Pero en general era muy severo al juzgar a los intelectuales. No comprendía aquella obstinación en permanecer al margen del gran acontecimiento histórico. "Nos traicionan—solía decir—por miedo casi siempre, por miedo de que alguna de sus amadas teorías se haga añicos al chocar con la práctica. A nosotros, en cambio, eso no nos aterra. Teorías e hipótesis son para nosotros simples instrumentos de trabajo, no objetos sagrados".

Le han presentado algunos como un fanático incapaz de hacer justicia al adversario. Y sin embargo, para Martoff, uno de sus oponentes más temibles, guardó siempre un recuerdo respetuoso. "Lástima que Martoff no esté con nosotros. ¡Qué camarada más admirable! ¡Qué hombre tan puro!", le oyeron exclamar en diversas ocasiones. Y al leer otra vez en alguna parte el luego tan difundido comentario del líder contrario: "En Rusia hay sólo dos comunistas: Lenin y la señora Kolontai", Lenin rió de toda gana y volvió a decir: "¡Qué hombre tan inteligente este Martoff! ¡Qué lástima!"

* * *

En Lenin, el hombre de acción predomina sobre el teórico. Posee un talento extraordinario para simplificar los hechos más complejos, y así logra convertir la intrincada doctrina marxista en un atajo seguro que le lleva derecho a su fin. Mientras otros teorizantes marxistas se aferran a la concepción ortodoxa, según la cual la transformación de la sociedad en sentido socialista únicamente puede conseguirse a través de una evolución gradual del capitalismo hacia formas de tipo superior, culminando en la concentración de toda la industria y la producción en manos de unos pocos, Lenin da al marxismo una interpretación más dinámica.

El también considera la fase imperialista que caracteriza los comienzos de este siglo como la última etapa del capitalismo agonizante. Pero esa agonía puede prolongarse mucho tiempo si no se le asesta al capitalismo un certero golpe de muerte. Todo indica que vivimos en la época de la revolución mundial. Ahora bien: ¿qué sitio elegir para dar las primeras batallas con mayores probabilidades de éxito? Lenin contesta: allí donde el capitalismo sea más débil, es decir, en los países más atrasados, tanto bajo el aspecto político como económico. Una vez iniciada la revolución, ya se extenderá por sí sola o ya se cuidarán los primeros vencedores de propagarla. Esperar a que se produzca automáticamente en las regiones superiores del capitalismo le parece absurdo. Implicaría en todo caso una pérdida imperdonable de tiempo. No obstante sus contradicciones y antagonismos interiores, el capitalismo encuentra siempre en el instinto de conservación de las clases privilegiadas la solidaridad necesaria para formar un frente único.

Como ruso, Lenin se alegraba de que sus concepciones teóricas coincidiesen con sus deseos. Si para un marxista rígido del corte de Kautsky, Rusia, con un 80 por 100 de población agraria y un proletariado industrial escaso y apenas organizado, era el país menos adecuado para un experimento revolucionario de carácter social, Lenin, en cambio, lo encontraba muy propicio.

El período intermedio entre la revolución política y la social, por el que tienen que pasar todos los países, se reduce a un mínimo en aquellos donde conviven un semifeudalismo político y económico con el capitalismo moderno. Allí donde la burguesía no supo hacer antes su revolución política y no tuvo, por consiguiente, tiempo para edificar sobre bases sólidas el mundo de sus intereses, es más fácil forzar la marcha de los acontecimientos y convertir rápidamente la revolución política en una revolución social.

Para ello hacía falta claridad respecto a los fines y decisión al obrar. Lenin no necesita todo ese aparato de organización obrera cuyo crecimiento en número e importancia constituye el orgullo de los jefes socialistas y sindicales antes de la gran guerra. Le basta una minoría de hombres resueltos a seguirle ciegamente por donde él les conduzca. Odia las discusiones dentro del partido y las polémicas con el adversario. Que los demás se den la satisfacción de teorizar a su gusto. Un día llegará en que él se reirá de todos desde el Poder.

Tan seguro se sentía acerca del futuro, que amigos íntimos suyos afirman que recibió en Suiza la noticia de la caída del zarismo como una cosa descontada. A partir de ese día, el plan estaba trazado. Cuando al llegar el 3 de abril a la estación de Petrogrado, el presidente del Soviet local, Tscheidse—socialista—, le saluda en nombre de la revolución para exhortarle al mismo tiempo a la calma a la muchedumbre congregada en el andén: "Ha comenzado la muchedumbre congregada en el andén: "Ha comenzado el alborear de la revolución social. ¡Adelante!" Seguramente no todos le comprendieron... Pero los suyos ya sabían lo que quería decir.

De la revolución política había que pasar a la social. ¿Cómo? ¿Qué tipo de Estado debía reemplazar al antiguo que iba a ser destruído? ¿De qué instrumento valerse durante el proceso de transformación de la vieja sociedad capitalista en una sociedad socialista?

¿Tipo de Estado? El Estado soviético. ¿Instrumento? La dictadura del proletariado.

Stalin, que es, a nuestro juicio, el más claro expositor del leninismo, ha definido perfectamente el concepto y la misión de la dictadura dentro del régimen bolchevique. La dictadura del proletariado es necesaria en primer término para asegurar la revolución contra los peligros de un levantamiento interior o de una intervención de fuera; es además necesaria para desalojar de la conciencia de las masas obreras y campesinas los residuos de la influencia feudal y capitalista. El hecho de considerar a Rusia, no obstante las condiciones atrasadas en que vivía su proletariado, un campo muy abonado para una revolución que rebasase los límites de una simple revolución democrática burguesa, no le impide en cambio darse cuenta de que una vez triunfante la revolución hay que proceder con un criterio constructivo muy ponderado. Frente a los extremistas del partido que sienten la impaciencia de nacionalizarlo todo. Lenin proclama las ventajas de una especie de capitalismo de Estado que vaya conduciendo a Rusia con ritmo seguro hacia el Estado socialista.

* * *

Era un gran idealista y a la vez uno de los políticos más eminentemente prácticos que registra la Historia moderna. "En política—solía decir—no es serio pretender ajustarlo todo a la convicción, la lealtad y otras cualidades espirituales superlativas por el estilo". Su autoridad moral le permite tomar en un momento dado una posición completamente contraria a la defendida por él cierto tiempo atrás, sin correr el peligro de desprestigiarse ante la masa que le seguía ciegamente. El caso más típico de lo que decimos es su intervención en el Congreso de marzo de 1921 en pro de la nueva política económica.

Tres meses antes, a fines de diciembre de 1920, se celebraba el Congreso Pan-ruso soviético. Por aquella época los mencheviques eran todavía admitidos a dichas asambleas, y en esta a que nos referimos estaban dirigidos por Dan. Se discutía—como siempre—la cuestión del campo, el modo mejor de conquistarlo para la labor revolucionaria. Dan pronunció un discurso de oposición muy enérgico, diciendo que los campesinos estaban muy descontentos y que hacía falta darles "el estímulo" y el "derecho de libre disposición de sus productos". Lenin se levantó a refutar a Dan, rechazando ambos conceptos como inaceptables. Los campesinos tendrían que aliarse a la causa comunista, si no por convicción, por la fuerza de las circunstancias. Fué uno de los grandes triunfos de Lenin. Dan y los mencheviques se retiraron del Congreso derrotados. Pero los hechos vinieron a darles la razón. En febrero de 1921 comienzan los desórdenes en el campo. Se ve en seguida que se trata de un movimiento serio. Gentes de fuera, observadores muy sagaces que entonces se encontraban ya en Rusia y con quienes hablé durante mi primer viaje, me dijeron que si hubo un momento en que dudaron de la estabilidad del Gobierno soviético y le sintieron tambalear fué ése.

Olvidaron que Lenin estaba allí para hacer frente a cualquier situación. Con el mismo aplomo con que tres meses antes combatiera el criterio menchevique, aparece Lenin ante el Congreso de marzo de 1921 abogando ahora en pro del "estímulo y del derecho a la libre disposición de los productos". Ha encontrado la fórmula para armonizar posiciones tan contradictorias. "Se les puede conceder a los campesinos—dice—el derecho a disponer a una parte de sus granos, después de haber pagado al Estado la cuota señalada como impuesto en especie, sin que peligre el ideal comunista, haciendo que la venta se verifique a través de las cooperativas. De esta manera el control del comercio de productos agrarios quedaría en manos de los Soviets".

La práctica demostró que una vez concedida la libertad de comercio era difícil limitarla. A los seis meses de adoptada la anterior resolución comenzaban a abrirse en Moscú las joyerías y las tiendas de artículos de lujo, con gran escándalo de los extremistas del partido. Indiscutiblemente la intangibilidad del principio había sufrido un duro golpe. Pero gracias a Lenin se habían salvado Rusia y la revolución.

Ahora cada vez que se le plantea al Gobierno bolchevique una cuestión esencial, lo primero que se preguntan los que tienen la responsabilidad de resolverlos es cómo hubiese obrado Lenin. Ilych—como le llamaban familiarmente sus camaradas—sigue dirigiendo a Rusia desde lejos con su mirada inextinguible.

STALIN

Hasta el último Congreso celebrado en diciembre de 1925, y que por su excepcional importancia merece comentario aparte en este libro, el nombre de Stalin, aunque circulase de vez en cuando por la Prensa extranjera, no había llegado a popularizarse. Los que seguían con atención las cosas de Rusia sabían, sin embargo, que desde la muerte de Lenin su influencia dentro del *Bureau Político* iba en continuo aumento. En sus manos se hallaba principalmente la buena marcha del partido comunista ruso, nadie como él entendía la difícil labor de mantenerlo unido y de manejarlo al mismo tiempo en la dirección que las circunstancias aconsejaban. Pero Stalin rehuía, acaso deliberadamente, la publicidad. Rara vez hablaba en público. Si alguien osaba atentar contra la unidad del partido—por ejemplo, en el caso de Trotzki—, limitábase a repudiarle en la Prensa oficial o en alguna asamblea cerrada de funcionarios. Su principal actuación ofensiva la reservaba para los Comités y las organizaciones. Calladamente, con una gran tenacidad, trabajaba el terreno para conseguir, llegado el momento, una mayoría aplastante. Ante su firme voluntad de tener a los demás a cierta distancia se estrellaban todas las audacias periodísticas. No recuerdo que haya concedido una interviú. Era, con Dzerchinski, el jefe bolchevique más invisible para el corresponsal extranjero.

Stalin nació en Georgia. Su verdadero nombre es Djougachvili. Desde los diez y siete años—actualmente tiene cuarenta y siete—tomó parte en la agitación revolucionaria. Sus dotes de organizador le destacaron pronto en el movimiento socialista de Georgia. Al producirse en 1903 la escisión entre bolcheviques y mencheviques, fué de los primeros en agruparse alrededor de Lenin. Elegido diputado a la Duma en 1913, a los pocos meses le confiaban la jefatura de la fracción parlamentaria bolchevique. Nombrado al triunfar la revolución de octubre comisionado de las Nacionalidades y miembro del Comité Ejecutivo Panruso, se traslada al frente tan pronto estalla la guerra civil. Fué uno de los que defendieron Petrogrado contra las tropas de Yudenitch. Se batió igualmente contra Denikin y contra el ejército polaco, siendo condecorado con la insignia de la Bandera Roja.

Su triunfo en el XIV Congreso sobre la oposición dirigida principalmente por Zinovieff y Kameneff, no tiene en el fondo nada de sorprendente. El partido se encuentra de nuevo ante un dilema parecido al de 1921, cuando Lenin, dejando de un lado el rigorismo teórico, se lanza abiertamente por el terreno de las soluciones eficaces y proclama la legitimidad de la *Nep*, la Nueva Política Económica. En una situación semejante es bien natural que Stalin, después de Lenin, el cerebro más eminentemente práctico de la revolución rusa, sea quien se lleve consigo la asamblea. Su victoria pone a salvo al régimen soviético de la amenaza de un radicalismo intransigente que se obstina en no querer reconocer que en Rusia no se puede gobernar contra el campesino.

Con la misma fiereza con que reaccionó contra Trotzki al pedir éste la democratización del partido, Stalin ha combatido en el XIV Congreso la tendencia a realizar política de grupo, que venía privando desde hacía meses entre los elementos de la extrema izquierda. "El partido —ha dicho Stalin en su discurso de clausura del XIV Congreso—quiere la unidad, y la realidad con Kameneff y Zinovieff, si se avienen a colaborar en ese sentido; sin ellos, si se resisten." Ahí reside la fuerza de Stalin. El y la unidad del partido han llegado a ser con el tiempo la misma cosa.

Este hombre—Julio Alvarez del Vayo—ha llegado a la cumbre del periodismo español. Para ello no ha usado la zancadilla, la pirueta, la traición, la burla, el escarnio, la influencia o el poder del dinero. Ha sido en la lucha y hoy en su puesto, caballero, leal, franco, moral y justo. Su palabra fué siempre honrada y no ha tenido que dar la mano a nadie para que llegase a ser algo. Ahora, al publicar su libro, La nueva Rusia, **ha tenido la visión inteligente y humana de la Historia. Señores, hay que descubrirse. En Alvarez del Vayo, no hay, como ha dicho groseramente Jiménez Caballero—el crítico literario de "El Sol" "un tío!"; en Vayo hay un hombre.**

Francisco Madrid

reanuda su colaboración en

EL ESCANDALO

publicando la próxima semana

UN SENSACIONAL REPORTAJE

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

ECOS E INDISCRECIONES

Las excentricidades norteamericanas

El baño de champan

Dicen de Nueva York que Earl Carroll, que se pasó una semana en la Prisión de las Tumbas por haber expuesto retratos de mujeres desnudas a la entrada de su teatro, pasó cuarenta minutos desagradables en el Gran Jurado, debido al reciente episodio, del que fué actor principal, en que una actriz desnuda fué bañada en champagne en presencia de numerosos invitados a la bacanal.

La citación al desahogado empresario fué iniciativa de Emory C. Buckner, fiscal del Distrito, del que se dice haber declarado que el Gran Jurado estaba más interesado en la procedencia del vino, que en el asunto de la mujer desnuda.

Cuando Carroll, salió del edificio de la Corte, hubo una pelea a puñetazos, en la que aquél no participó. Keefe Scaife, su guardia de corps personal, un gigante de 280 libras, le entró a golpes a tres fotógrafos de periódicos que querían hacer a toda costa una foto de Carroll, conteniéndolos mientras el empresario se escabullía, desapareciendo e nun automóvil de alquiler.

Todo el asunto que motivó la comparecencia de hoy de Carroll ante el Gran Jurado Federal, fué la fiesta que Earl Carroll ofreció en la noche del lunes pasado, y a la que asistieron, entre otras personas, Harry Thaw, la condesa de Catchcart y varias celebridades neoyorkinas. El acto fué caracterizado, se dice, por un acto de inmoralidad flagrante, la sumersión de una linda mujer más desprovista de ropas que la clásica Eva, pues ni siquiera llevaba la hoja de parra, en una bañadera llena de algo que se parecía al champagne.

Aunque Carroll ha negado con vehemencia que se efectuase el tal baño, explicando que fué el lunes por la noche y no el sábado, cuando la fiesta tuvo lugar, llegaron a oídos de las autoridades de Nueva York tantas y tan pecaminosas versiones de la fiesta, que era forzoso que se hiciera algo.

Por esto Buckner envió al empresario una invitación, para que compareciera ante el Gran Jurado, y así Carroll preparó su pomo de sales inglesas, se puso de acuerdo con su montañoso guardia de corps, y se apercibió a presentarse.

Cuando Carroll salió del edificio del Jurado, empezó la verdadera batalla. Al principio no tenía nada que decir a los periodistas, haciendo grandes esfuerzos para esconder su bien acicalado rostro detrás de un pañuelo intensamente perfumado. Scaife amagaba derechazos sobre los fotógrafos, que querían a toda costa hacer la fotografía de rigor para los diarios gráficos. Y una de sus demostraciones tomó la forma de puñetazo que apabulló una cámara fotográfica, y la respuesta fué un segundo puñetazo que dió en la nariz prominente del defensor Tres repórteres se abalanzaron sobre Scaife. Pero la lucha terminó abruptamente cuando todos se dieron cuenta de que Carroll había aprovechado la escaramuza para desaparecer.

Lo que pasó en la sala del Gran Jurado, no se sabe, pues Buckner y sus asociados se negaron a decir nada.

MORDISQUEOS

Mussolini no descansa.

Se ha propuesto hacer una Italia totalmente fascista, y lo está consiguiendo.

Actualmente está elaborando la institución de una Academia, que va a dejar tamañita a la que limpia, fija y da esplendor a nuestro idioma, y ya tiene más de dos mil candidatos a los sillones inmortales.

¿Es que hay plétora de sabios en Italia?

Nos inclinamos a creer que sí.

Sobre todo cuando se trata de aguzar el ingenio para pillar una prebenda.

Mussolini sabe bien lo que esto significa.

Y sabe también que los duelos con pan son menos.

Son menos académicos y más patriotas.

¿Por qué no se haría fascista el rebelde Matteotti?

⁂

Los joyeros yanquis han tenido una idea genial.

Tratan de colocar un magnífico reloj de pulsera en el brazo que la estatua de la Libertad tiene extendido a la entrada del puerto de Nueva York.

El gobierno se muestra inclinado a aceptar la proposición de los joyeros.

No vaya a creerse que es esta una extravagancia más.

No. El Gobierno y los joyeros yanquis quieren que l'estatua de la Libertad dé la hora.

La hora exacta de estrujar a los pobrecitos europeos que les son deudores.

La gran guerra se hizo para el tío Sam.

⁂

Estas ideas geniales no dejan de tener sus inconvenientes, y uno de ellos es la extraña enfermedad que se está propagando en Norte América.

En poco tiempo, millares de ciudadanos se han vuelto calvos, y nada han podido contra la calvicie prematura los específicos que se han puesto en uso.

Y es que la fiebre de los inventos y el afán desingularizarse acabará no sólo con las raíces del pelo, sino con el seso de los yanquis.

Es ya mucha bola la suya.

⁂

Un príncipe danés, que pasea su tedio por el mundo, ha dicho que el ser rey es un negocio duro.

Consuélese el príncipe pensando que si el negocio de ser rey es duro, el de ser súbdito no llega a peseta.

Ni al valor de las monedas de cupro níquel.

Que es lo más deleznable que tenemos los españoles.

COCKTAIL

Un ciudadano barcelonée se ha casado con nombre supuesto.

Tal como se están poniendo las cosas es la única manera de casarse.

Además de casarse "en diez".

El año que viene nos casaremos vestidos de buzo.

⁂

Hemos interviuvado a varias personas conocidas acerca de qué pescado comerán estos días de cuaresma.

Y hemos recibido muchas contestaciones.

Muchas personas conocidas comerán besugo.

¡Habrá antropófagos.!

⁂

Ahora, que no todos comerán el pescadito de "marras". Caballé y Millán nos han dicho que comerán bonito.

¡Muy ídem!

⁂

Y Lerroux, según nos dice en atenta carta con varias faltas de ortografía, tampoco comerá besugo.

Comerá atún.

Y el pavo de la República, bueno, gracias.

⁂

La publicación de "Servitud", el libro magnífico de Puig y Ferreter, está obteniendo un gran éxito y además consigue imposibles.

Y, si no, véase la muestra:

Escofet se ha vuelto amable y hasta pretende tener sentido común; Rodríguez Codolá quiere conquistar la simpatía de todos, dejando de escribir; el conde usa guantes para no dar a sus amistades aquella mano fría que parece "llena de serrín"; Verdaguer elogia a los compañeros; Nogueras Oller se queja diciendo que él ha sido siempre la mejor persona del mundo; Pou de Barros ha prometido no asistir más a ningún banquete; Llorens el regente, ha desistido de su ingreso en San Boy, y Baget dicen que "ahí" se las den todas.

Puig y Ferreter, Priu y Pomés se sonríen.

¡Ah! Moreno ha prometido hacer las cuentas bien. No sabemos si creerle.

Nosotros nos carcajeamos de todo.

⁂

"El Día Gráfico" publicó el domingo un extraordinario.

Si hemos de ser sinceros, lo único que hemos visto allí de extraordinario es un artículo de Ribera-Rovira titulado "La mujer barcelonesa", en el que nos habla, además de mil cosas graciosísimas de un paseo en automóvil—cita la marca. ¡Como se entere la administración!—que dió con un amigo.

Perdone nuestro amigo el precitado señor Ribera—guión—Rovira, ese artículo no es "La mujer barcelonesa", es "El taxi barcelonés".

Porque como cita usted el recorrido, suponemos que les cobrarían a ustedes—a usted y a su amigo—ocho duros por la carrera.

¡Estos cronistas!

⁂

Y puestos a hablar de gasolina diremos, a trueque de ser indiscretos, que en una casa de la calle del Conde del Asalto, que "Amichatis" frecuenta, entraron hace dos días dos bidones de dicho líquido.

¿"Amichatis" y gasolina? Suponemos que será para quitarle las manchas.

⁂

La portera de la casa de la calle del Bruc, donde fué asesinada la misteriosa beata doña Isabel Alda, se llama Justa del Río.

El elegante teniente de alcalde señor del Río está que echa betún con esta igualdad de apellidos.

⁂

Según informes médicos se ha acentuado en Barcelona la epidemia de gripe.

Según los informes de los empresarios teatrales, lo que se ha acentuado es la epidemia de tifus.

Nosotros nos atenemos al coro de doctores de "El Rey que rabió".

⁂

En Cuba, según informes oficiales ha fallecido, dejando una gran fortuna, un ciudadano barcelonés apellidado Romeo.

¡La de Julietas que van a salirle!

⁂

El domingo de Ramos vimos al señor Gassó Vidal en determinado templo de Barcelona, rodeado de cinco palmas.

Iba que no podía hablársele. ¡Ahí es nada! Rodeado de palmas.

Es la primera vez que le ocurría.

⁂

Cambó ha comprado un cuadro que dicen que es del Greco.

Para saber si es cierta esta atribución no hay más que hacer una prueba.

Mirar el cuadro y la cara de Cambó.

Porque Cambó también es del Greco.

PASADO POR LA PREVIA
ESTE NUMERO HA SIDO
CENSURA GUBERNATIVA

Angel Samblancat

El autor de JESÚS ATADO A LA COLUMNA publicará en breve la obra inédita

Con el corazón extasiado

con una cubierta de RINCÓN. 3 pesetas

EDITORIAL B. BAUZA

ELDORADO

Temporada de cine Ultra-selecto, del Repertorio M. de Miguel .

La Aristocracia del Film

Dirección artística ANTONIO GRACIANI
Escenografía: JOSE CASTELLS
Orquesta: EVELIO DE BORRULL

Las mejores y más modernas producciones europeas y norteamericanas

INTERPRETES
Henny Porten - Lillian Hall Davis - Magda Canedy - Franck Mayo - Owen Moore - Jewl Carmen - Ana Q. Nilson - Elena Sangro Ossi Oswalda - Max Linder - Charlot Emil Jannings - Fred Thomson-Lucy Doraine - Tom Mix - Charles Ray George O'Brien - William Russell - Italia Almirante Manzini Alice Terry

Inauguración: Día 3 de abril de 1926
Festividad de Sábado de Gloria

Quo Vadis...?

Con apoteosis final y estreno de los cuadros plásticos

LOS CRISTIANOS EN LAS CATACUMBAS Y LAS ANTORCHAS HUMANAS

Los *menús* más deliciosos son los del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :-: Café - Bar- Restaurant

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

EL TABLADO DE ARLEQUIN

De todos y para todos

Apresténonos a asistir a la batalla teatral del sábado de gloria.

Todos los teatros ofrecen el oro y el moro.

Respecto al oro dejémosle en dublé, y en cuanto al moro, limitémonos a dejarlo en rifeño.

⁂

Veremos si eso de "La Calesera" es lo que se nos ha dicho.

Porque aquí estamos muy escamados de los reclamos a bombo y platillos .

Se nos dice que hay en la obra un "canto a la Libertad".

Ya veremos. Nosotros, por lo menos, exponemos nuestras dudas con entera libertad, también.

⁂

Vera Vegani debutará con la comedia "Si yo quisiera".

Es lo mismo que está diciendo Leroux hace muchos años.

Pero no quiere nunca.

⁂

El Olympia anuncia la revista "París, París..." con una gran reclame.

Tampoco creemos en esta reclame.

A lo mejor no es "París, París..."

Sino que resulta París-Lyon-Mediterráneo.

Y hay que tomar el tren.

⁂

Todavía no está agotada la vena de la ingenuidad en Catalina Bárcena.

Todavía Catalina Bárcena se siente ingénua.

Aunque el público no la cree así.

El sabrá por qué.

Y Vargas también.

Aunque lo averiguaba todo.

⁂

En el Goya están montando una comedia de magia.

Nos parece bien.

Después de Vilches, toda fantasmagoría será poca para deslumbrar a los "morenos".

Siempre que no quieran vengarse ahora del orientalismo de bazar, de Wu-Si-Chang.

⁂

Pastora Imperio está diciendo pestes de los franchutis.

Y los franchutis dicen pestes de Pastora Imperio.

¿Ley de compensaciones?

No. Ya lo dijo el otro: Más vale retirarse a tiempo, que esperar a que nos retiren.

⁂

La esposa de Ricardo Baroja tiene en Madrid un teatro particular, al que ha bautizado con el sugestivo título de "El mirlo blanco".

Las representaciones, ¡claro está!, se dan en familia.

Así ha podido estrenar don Pío una bufonada con el nombre de "Arlequín, mancebo de botica".

Y del papel del mancebo se ha encargado el señor Rivas Cherif.

Después de haber servido de vocero y botafumeiro de Mimí Aguglia, sólo eso le faltaba.

Siempre temíamos que Ciprianito acabase mal.

Afortunadamente para él, tuvo a su lado la sombra protectora de Pío Baroja, disfrazado con el traje de señor Pantalón.

⁂

¡Qué descansada vida!...

Alto ahí. Eso ya lo dijo otro y hay que huir de los plagios.

Sobre todo cuando no producen nada: ni gloria ni dinero.

Y, a nosotros, en buena hora se diga, no nos amargan la existencia la gloria ajena y el dinero del vecino.

Vamos tirando con lo nuestro, y tan campantes.

Queríamos decir que esta semanita es de alivio para los cómicos, porque les dan descanso y les rebajan el sueldo, cosas ambas muy apropósito para que puedan despellejarse más desahogadamente.

Unos miran con envidia a los que se van y otros saludan con ironías a los que llegan.

Hasta el sábado de gloria el chismorreo es libre, y después... ídem de ídem.

¿Qué queda de la temporada que expiró el martes último? Nada.

Es decir, queda el recuerdo de Ernesto Vilches, que contra viento y marea llevó mucha gente al Goya; la sacó 60 ó 70.000 duros, y a la hora de partir, entre displicente y compasivo, dió a entender que esas 360 ó 360.000 pesetas no significaban nada para él; que él donde batía el cobre era en América, país en el que aporreaba los millones como el rey de la hojalata; pero que volvería a Barcelona por largo tiempo, para que los barceloneses viesen que no tenía baja su gratitud.

¡Cómo sabe sostener el tipo Vilches y qué requetebién cultiva siempre la "reclame"!

No hay nadie como él.

Es decir, en otro tiempo le eclipsaba en lujo y fastuosidad el aristocrático matrimonio Guerrero-Mendoza. Mas, desde que éste vino a menos; desde que los americanitos se hartaron de los papás y de los chicos blasonados, no hay nadie como Ernesto Vilches para "epatar" a sus admiradores.

Si los Díaz de Mendoza se hospedaban en las habitaciones del primer piso del hotel Colón(que con las obras del Metro y la urbanización de la Plaza de Cataluña ha caído en desgracia), Vilches, siguiendo las corrientes de la moda, durante dos meses largos ha ocupado las más espléndidas habitaciones del Ritz, y allí ha tenido a mesa y mantel a sus acólitos de la "créme" gorrista o gorrona.

¿Que ésto es caro? Claro que sí.

Ahora, que los "pollos" bien cebados son los más apetitosos, y de los estómagos agradecidos nace un optimismo verdaderamente consolador.

Vilches ha practicado durante dos meses el bonito juego del toma y daca.

Y, naturalmente, los beneficios del Goya se han evaporado.

Pero que le quiten el cartel.

Todo lo contrario de don Grrito y doña Catalina, que hospedándose también en el Ritz, en las grandes solemnidades llevan a almorzar a sus invitados a "El Canari".

Así está que trina doña Catalina.

⁂

Algunos autores de couplets han estado a punto de llegar a las manos, con motivo del debut de Mary Isaura. Pero no hay cuidado.

Nosotros conocemos a dos primates del Género, que hace un mes se ponían como chupa de dómine y hoy parecen dos "peleles" enamorados. Y trabajan como dos leones... mientras la señora Dignidad está en huelga de brazos caídos...

⁂

Ha terminado su actuación en Eldorado la gentilísima Mary Isaura. ¿Habrá que decir que la actuación de Mary Isaura en Eldorado ha sido brillantísima? ¿Habrá que decir que la deliciosa creadora de "Doña Francisquita", se ha convertido en una deliciosa cancionista?

Eso, porque eso lo sabe ya todo el mundo.

Una cosa nos ha extrañado en una mujer de tan buen gusto como ha demostrado ser Mary Isaura: que aceptase en su repertorio—un repertorio en el que tiene canciones tan exquisitas como "El Pelele", de Pedro Puche—, un esperpento como "A Montjuich", canción pedestre si las hay, y ramplona en extremo.

Seguramente su autor será un remendón cualquiera—dicho sea sin ofender a los remendones—, que no podrá escribir los días de lluvia, pues le dolerán los callos.

Una aclaración: nos referimos al autor de la letra, al poeta (!).

⁂

Desde los tiempos de la Gran Peña hasta la fecha no habíamos visto interpretar en ningún escenario una canción más demoledora, procaz e incitante que "Peleles" que nos ha dado a conocer Mary Isaura en Eldorado. Las señoras pudorosas salían con la cara muy larga. Y los hombres también la tenían muy larga.

⁂

Los music-halls del Paralelo siguen cerrados.

Las artistas a la inversa.

⁂

El Comité Central de Pequeño Derecho tiene en proyecto unas reformas que van a levantar ampolla. A los ratones se les va a terminar el queso. ¡Ya es hora!

⁂

Mary Isaura tiene más consejeros que el Banco de España.

Estos han puesto en circulación algunas "acciones", que no han tenido mucha aceptación entre los cupleteros. A este paso se teme una quiebra.

⁂

Ya está otra vez en España la curuscante Tórtola Valencia.

Y se ha apresurado a decir a los periodistas que el amor serio todavía no ha llamado a las puertas de su corazón. Tiene dentro de sí la tragedia de la inconstancia.

¡Pobrecita!

¿Para qué servirán los espejos?

El amor está reñido con la vejez.

⁂

Conformes con el consabido refrán "Domingo de Ramos, quien no estrena no tiene manos", algunos autores han estrenado:

Pedro Puche: un pelele.

Manuel Aniesa: una pistola.

Juan Costa: un ramo de laurel.

Maestro Quirós: otro colaborador.

Delfín Villán: la presidencia del Comité.

Juan Viladomat: un tango de Jovés.

J. Demón: un "jazz-band".

Antonio Graciani: una película.

Maestro Camprubí: una sotana.

J. Lito: un loro joven.

Maestro Adam: una gramática castellana.

Hermanos Pelegrí: un sainete que ya está estropeado.

Romaní: una letra del Hispano en tiempo de rumba.

José María Milán: varios "muñecos".

Maestro Fornés: una llave para abrir los music-halls.

Currito: una cruz (Currito de la Cruz).

Barea: un pseudónimo.

Díaz: Un piano... manubrio.

M. de Ribera: un discurso retórico-gramatical "embotellado".

Escofet y Balascá: un tomo de "Desesperación y arrepentimiento".

Maestro Tell: un ramo de olivo.

Maestro G. Faura: un frasco de Pompeya, cerrado.

Alcázar: no sabemos "seguro" que haya estrenado.

Palau: un palillo para los dientes.

Etc., etc., etc.

En el número próximo hablaremos de lo que han estrenado algunas artistas.

⁂

Vemos anunciada la película "El fantasma de la Opera"

¡Cuidado, Mestres!

¿No será Pierí?

⁂

Otro título de otra película:

"Un trono vacante".

Hay varios.

⁂

Otra película más:

"No trabaje usted!"

Y, claro, hacemos punto.

La temporada de cine en Eldorado

Desde el próximo sábado de Gloria empezará en el teatro Eldorado una temporada de cine "Ultra-Selecto", con películas del Repertorio M. de Miguel, "La Aristocracia del Film". Se iniciará la temporada con la presentación de la grandiosa super producción "Quo Vadis?", interpretada por Emil Jannings, la cual, por el poco tiempo que fué exhibida en el Olympia, no fué apreciada por el público como debiera. La proyección se hará como en Madrid, donde acaba de obtener un éxito resonante, con adaptaciones musicales de extraordinario valor artístico y con exhibición de cuadros plásticos sobre motivos de la obra.

A "Quo Vadis?" seguirán otras notabilísimas películas que el Repertorio M. de Miguel tiene en cartera, todas sellas con la categoría de extraordinarias, e interpretadas por los "ases" más notables de la cinematografía europea y de la americana. Ya lo saben, pues, nuestros lectores: desde el sábado de Gloria se hablará mucho en Barcelona del Repertorio M. de Miguel.

EL GATO NEGRO
(EMPRESA FRANCO-ARGENTINA)
36, Rambla del Centro, 36

El Sábado de Gloria, reapertura del «Danzing» MONTMARTRE
Gran fiesta Argentina
Lo mejor en Cocktails, Aperitivos y Licores de marca
Orquesta «THE CRACKER JACK'S» con el concurso del popular Jazz-Band B. W. CURRY (Bobby)

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

EL ESCANDALO

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

Conferencia de María Tubau

EL HACER "INTERWIEWS" SE VA HACIENDO DIFICIL. — DECADENCIA DEL METODO ENTRONIZADO POR "EL CABALLERO AUDAZ". — UNA DUDA CRUEL: ¿MARIA TUBAU ES UNA GRAN ACTRIZ O UNA GRAN TONADILLERA? — ENCONTRADAS OPINIONES DE LAS ACTRICES Y LAS TONADILLERAS. — LA SEÑORA TUBAU TIENE UNA HERMANA... FANTASTICA. — EN EL PARAGUAY OCURREN ACONTECIMIENTOS: ALLI SE INICIO EN LA FARANDULA LA FELIZ INTERPRETE DE "NINETTA". —POR QUE SE PUSO ENOJADO CEFERINO PALENCIA EN MADRID. — HAY QUE TRIUNFAR EN LA VIDA PARA QUE LA FAMILIA ESTE CONTENTA. — ¿QUIEREN O NO QUIEREN LOS PERIODISTAS A LA TUBAU? — EUROPA ES PARA LAS ACTRICES OTOÑALES. — EL REGRESO AL VIEJO MUNDO, AL CUMPLIR LOS CUARENTA. — REFOCILEMONOS: NOS QUEDAN CERCA DE VEINTE AÑOS PARA ADMIRAR A MARIA TUBAU.

"Fantasio" nos envía desde América una información. Tiene interés, es graciosa, es pintoresca... María Tubau pasó por Barcelona y ningún periodista le supo hacer un reportaje semejante. La gracia de María Tubau queda reflejada en las cuartillas del periodista anónimo y americano... Nuestros lectores sabrán apreciar su encanto. Lo único desagradable es pensar, si es cierta la afirmación de María Tubau, que la volveremos a ver dentro de cincuenta años, es decir, cuando se haya terminado el metro transversal.

I

En el escenario de "Martí" ha reaparecido María Tubau.

Este nombre hace evocar en seguida la personalidad encantadora de una de las actrices más talentosas que han visitado la Habana, y, sobre todo, la mejor tonadillera que le ha sido dable conocer, hasta ahora, a los buenos vecinos de nuestra capital. María Tubau no viene de París ciertamente. Ha arribado de las provincias, donde la aplaudieron mucho: igual en el legendario Camagüey, que en el ardiente Cienfuegos, o en la apacible y poética Matanza. De París llegó hace unos meses, cuando sentó sus reales en el Campoamor, con los ojos más brillantes, la figura más gentil y perversa y la gracia más picante. Todo esto lo conserva aún, como es natural. Pero en sus pupilas hay ahora un reflejo del sol de nuestros campos. En la sonrisa que se prende con frecuencia de sus rojos labios, asoma actualmente un poco de melancolía. Un poeta que frecuenta el escenario del coliseo de la calle de Dragones asegura que la señora Tubau está melancólica desde que admiró nuestros campesinos crepúsculos. ¡Cualquiera cree a los poetas!

La vimos la otra tarde, cuando se preparaba a cantar "La Violetera" en la "pasarela". Reporters implacables la asaltamos casi, para hacerle una "interwiew". Miguel Gutiérrez, Paco Sierra y Pérez, sus cancerberos, tendieron los brazos para protegerla. Todo fué inútil. Estaba escrito que aquella oportunidad sería aprovechada por nosotros. De ahí que a los lectores de "El Sol" les sea posible leer estas líneas.

El hacer "interwiews" se va volviendo difícil. Ya es un poco vulgar el preguntarle a las artistas, siguiendo el método del "Caballero Audaz", cuál es su color preferido, cuál su película cinematográca predilecta y cuál el perfume más de su gusto. Aún las cosas más originales se vuelven manidas. No era tampoco cosa de interrogarle sobre el número de sus admiradores, ni torturarla a fin de que nos informase acerca de quién es más "mujer", si el caballero Darwin o el señor Edmon de Bries. Así que, delante de María Tubau, nos vimos en un aprieto. Un momento estuvo en nuestros labios, en compañía de un buen puro que fumábamos, esta pregunta: ¿Le gusta a usted la Habana? Pero no la formulamos. Temimos que la aplaudida artista nos dijera que sí!

Fué necesario, por eso, comenzar la entrevista, inquiriendo cómo la señora Tubau aprendió a cantar cuplés. Esperábamos que ella nos señalara a algún antiguo compañero que le sirvió de dómine en esos menesteres o a alguna célebre estrella del tablado, hoy un poco opaca. Pero la "vedette" a nuestra interrogación contestó con otra: ¿Usted cree que eso se aprende?

Vacilamos. El poeta nace y no se hace. La tonadillera también...

II

María Tubau, la encantadora María Tubau, tiene un humor encantador. Bromeamos un tanto acerca de sus comienzos en el cuplé. Nos confesó que por gustarle mucho la tonadilla, se inició en ella insensiblemente cuando era muy muchacha. El éxito la sonrió como un enamorado. (Como nosotros, por ejemplo).

Otra pregunta se imponía y se la hicimos: ¿Qué le gusta más? ¿Ser actriz o tonadillera?

María nos mira con amabilidad. Comprende que todos los periodistas preguntan lo mismo y nos perdona.

—¡Hombre!—al cabo responde—las dos cosas...

—Ahora bien, añade, me sospecho, que soy tan buena cupletista como actriz a juzgar por lo que dicen de mí las cupletistas y las actrices—. Aquéllas me prefieren como intérprete de obras teatrales, asegurando que en las comedias soy magnífica. Estas, a su vez, proclaman con mucho entusiasmo que mi talento para la tonadilla y la canción es excepcional. Deseosa de poner de acuerdo ambos juicios, me he formado el mío. Hago caso de lo que opinan las unas y las otras. Les concedo la razón a ambas y reconozco que las dos dicen la verdad.

La señora Tubau ríe, mostrando sus lindos dientes de lobezno, para que nosotros nos demos cuenta—si somos torpes—de que bromea; y nos refiere una anécdota:

—Hallándose en un café de Mérida un actor de mi compañía oyó a dos "peladitas", a dos golfillas, que hablaban de ir al teatro. ¿A dónde iremos?—decía una. ¿A "gustar" a la Pérez?—Vamos a la Tubau, concedió la otra. Canta muy bien las canciones. Es verdad, dijo la mayor, pero a mí me gusta más su hermana: aquella que ayer hacía la chica que mordía una manzana. Esa, cuanto tenga su edad, sí que será una buena actriz!

María nos aclara, por si hace falta, que nunca ha tenido hermana actriz. Era ella misma que, ante las dos "peladitas", hizo primero el personaje principal de "Scampolo" — "Retazo"de Darío Nicodemi y luego cantó cuplés....

La señora Tubau—hija y nieta de cómicos—está dedicada al teatro desde los ocho años. Entonces hacía "Los zapatos de charol", "Los granujas", etc. Fué en el Paraguay el acontecimiento del ingreso de María en la Farándula. (En el Paraguay ocurren también cosas importantes). Suponed, pues, qué cantidad de anécdotas tendrá la adorable María para contar en sus ratos confidenciales. Nosotros le instamos para que nos diga algunas. La deliciosa Tubau accede y nos relata:

—Luego de hacerme actriz y tonadillera en América, me fuí a España. En "Maravillas" hice dos temporadas y una en el "Infanta Isabel". Cuando mi debut la Empresa fijó grande "afichés" en las calles matritenses, anunciando "Pronto debut de la gran cupletista María Tubau". Don Ceferino Palencia, viudo de mi tía la insigne actriz que llevaba mi mismo nombre y que lo paseó gloriosamente por los escenarios españoles e hispano-americanos, se enojó mucho. A su juicio constituía un agravio para la memoria de su amada consorte. Don Ceferino donde quiera lo aseguraba: ¡Aquello era profanar un nombre insigne!

La artista calla un momento. Y después añade:

—Pero debuté, me aplaudieron, los críticos suscribieron alabanzas muy efusivas y al señor Palencia se le disipó el disgusto. Desde entonces estoy convencida que es necesario triunfar hasta para que la familia no rabie.

III

¿Es una gran burlona María Tubau?

Debe serlo. Nos lo figuramos desde que ayer oímos decir a la artista, con un mohín de tristeza:

—Yo no sé lo que me pasa, pero ningún periodista me quiere. Aquí ni en ninguna parte.

—Señora Tubau—le dijimos—déjese usted de "pitorreos".

—No; es cierto. Lo vengo observando desde hace mucho tiempo. Son muy amables conmigo, me echan muchas flores, pero no me pieren. ¡Y eso que a mí se me puede criticar sin que me irrite! Cuando se juzga mi labor escénica con buena fe, sinceridad y capacidad, oigo decir la verdad sin protestar.

Queremos tranquilizar a la Tubau, pero ella sigue echando de menos el cariño de los periodistas. Para distraerla le preguntamos:

—Cuáles son sus proyectos para el futuro?

—Después de la Habana, México... Luego... No sé.

—¿Europa? ¿París?

—No es probable. A las artistas hechas en América el viejo mundo no nos gusta. Estos públicos, son más nuestros y nosotros somos más de ellos. Estaré en América hasta que cumpla los cuarenta años. Después iré a Europa. Mi juventud para ustedes Mi otoño para ellos.

Nos relamimos de gusto. María Tubau permanecerá en América cerca de veinte años.

FANTASIO.

Algunos recuerdos de una ilustre danzarina, muy amiga de Cambó

Ana Pawlova habla de la infancia, del país de las hadas, del baile y de la pobreza

Por considerarlo interesante en esta época que tan poco abundan las virtuosas de la danza, reproducimos a continuación una crónica de los tiempos en que Ana Pawlova, la célebre bailarina rusa comenzaba a ganar renombre. El lector encontrará algunos detalles interesantes de esa exquisita cultora de Terpsícore.

"Ahora que los bailes rusos están tan de moda, de moda también está todo lo que a las danzarinas se refiere, destacándose recuerdos y anécdotas, interesantes por cierto la mayoría de ellos.

Vamos a reproducir aquí algunos trozos de las "páginas de una vida" de una de esas bailarinas célebres. Fragmentos de historia artística, páginas encantadoras escritas per una verdadera artista consagrada por entero a su arte desde la infancia, sintiendo una vocación irresistible por todo lo que a él se refiere.

Pintorescos son los cuadros que pone ante nuestros ojos. Curiosa existencia llena de una labor agradable y de un exotismo muy pronunciado o de una ingenuidad natural que hacen la lectura atrayente y graciosa.

"Mis primeros recuerdos—dice—se remontan a la época en que vivía con mi madre en un pequeño departamento, en San Petersburgo. Yo era la única hija, y mi madre y yo vivíamos las dos solas en el mundo. Mi padre murió cuando yo tenía dos años.

"Todas las mañanas, todas las noches, me entretenía con mi madre y a ella confesaba todas mis pequeñas rabietas, todas mis alegrías de niña.

"Eramos pobres, muy pobres, y, sin embargo, mi madre encontró siempre los medios de procurarme alegrías, paseos y otras felicidades de la infancia. En Navidad, el día de Reyes, encontraba mis zapatos con algún obsequio que me llenaba de alegría, y yo recuerdo entre los mejores momentos de mis ocho años, que para Reyes asistimos a una representación del teatro Marinsky.

"Jamás había estado en el teatro y llené de preguntas a mi madre sobre lo que íbacmfiñperatampoco,eoziESTAOITA "de la bella dormida en el bosque", que ya me había contado millares de veces.

"Cuando partimos para Marinsky, la nieve brillaba a la luz de los reverberos y nuestro trineo se deslizaba sin ruido sobre ella. Yo me sentía penetrada de una gran dicha sentada al lado de mi madre y teniendo un brazo suyo alrededor de mi cintura.

—"Vas a ver el país de las hadas—me dijo ella, mientras atravesábamos rápidamente la noche en busca de ese desconocido misterioso que se llama teatro.

"La música de "La bella dormida en el bosque" es de nuestro gran Tchaikovsky. Desde los primeros compases de la orquesta, permanecí grave y callada, pero cuando el telón se levantó mostrando el patio de un palacio de oro, no pude reprimir una exclamación de alegría...

"En el segundo acto una multitud de jóvenes, hombres y mujeres, bailaron un vals deliciosísimo.

—"¿No te gustaría bailar así?—me preguntó mi madre, sonriendo.

—"No—respondí ingenuamente—. A mí me gustaría bailar como la que hace el papel de Bella dormida. Algún día seré como ella y haré ese papel en algún teatro.

"Mi madre murmuró que yo siempre sería su pequeña querida sin adivinar que yo acababa de descubrir la carrera de mi vida.

"Durante el camino de regreso sólo pensé en el día en que haría mi primera aparición en la escena.

"Aquello fué la visión del porvenir. Desde aquel momento amé la danza con delirio y a ella dediqué mis mejores días."

La semana próxima
compre usted
"El Escándalo"